



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid: 1886.—Imprenta de A. Pérez: Flor Baja, 22.

NORIS.

PRIMERA PARTE.

I.

En la Plaza Daufine, muy cerca del Palacio de Justicia, que se divisa recortado sobre el cielo en una masa maciza y blanca, en una tarde de Febrero, á la hora en que el triángulo de altas casas se tiñe del color gris del crepúsculo, una mujer se halla reclinada en el antepecho de una ventana abierta sobre la escalera del Palacio, grande como una mirada ansiosa.

La mujer es joven, muy pálida, temblorosa dentro del manto de pieles que la envuelve, y de cuando en cuando, inclinando su busto fuera de la ventana, interroga á lo lejos con sus miradas, ardiendo de fiebre, los escalones de piedra por donde ha de bajar la criada vieja á quien espera, su Victorina, que debe decirle lo que hayan respondido los jurados y decidido los jueces....

¡Los jueces!....

¿Quién hubiera dicho á la pobre Victorina que

iría un día á ver al *señor* «procesado», y que tendría que ser la que dijera el resultado del proceso á la señorita Noris, encerrada allá abajo en un cuarto del hotel, alquilado expresamente para aquel terrible día, como un asilo donde podía ocultarse y aguardar, ahogando los sollozos? Sí, ¿quién se lo hubiera dicho á la criada? ¡El *señor*, que era tan bueno, tan dulce! Una pasta inocente, y no un pícaro. ¡Y la señorita, que ella, Victorina, había educado! ¡Ah! ¡La señorita! ¡Un ángel! Hace horas y horas que Noris espera. Un momento antes ha dejado su habitación con la ventana abierta, ha atravesado la plaza, ha subido los escalones de la gran escalera, ha empujado la puerta vidriera, y en las inmensas salas próximas á la «Correccional» donde se juzga á su padre, ha andado, ha espiado á las gentes que salían, escuchado las palabras, estudiado las risas, tratado de adivinar la sentencia probable en aquellos rostros sonrientes ó fríos de los abogados, cuyos ojos querían penetrar el velo de aquella joven alta, que pasaba vestida de luto y derecha como una estatua.

¡Nada! ¡No ha podido saber nada!

El calor sofocante de la galería de Pasos Perdidos la ahogaba. El ruido sordo de las pisadas sobre las baldosas grises cercadas de negro como esquelas mortuorias, la aturdiría. Se detenía, atraída por un raro magnetismo, ante los huecos abiertos en el muro, y conteniendo, como sobre un frontis, estas trágicas palabras: *Sentencias del Tribunal*, con grandes carteles blancos pegados allí, y ofreciendo en siniestras casillas los nombres y señas de los sentenciados....

¡Extractos de las sentencias!.... ¡Ella los leía

maquinalmente, deletreaba la lista de los crímenes, robos, abusos de confianza, buscaba la cifra de la pena; después se apartaba con horror de esta piqueta, donde le parecía leer á la desgraciada el nombre de su padre!

Asunto de las minas de Sierra-Fuente.—¡Los diarios habían hablado tanto de él durante meses! ¡Cuánta gente debía haber en la sala sexta! Sí, tanta por lo menos como en uno de los estrenos á que antes asistía con su padre Eugenio Feraud: él, envanecido de su bella Noris; ella, dichosa de mostrarse con el honrado hombre adorado, y que tenía talento, mucho talento en sus viejas novelas olvidadas: tanto talento ó más que los modernos, con sus gacetillas analizadas largamente, y sus descripciones eternas.... Noris le repetía esto muchas veces, y el literato, célebre antiguamente, necesitado hoy, se consolaba de sus lectores perdidos con la sonrisa admiradora de su fiel, de su única lectora....

—Lo que es verdad, hija (decía el buen hombre), es que todo lo que yo he escrito tú puedes leerlo. Si hablasen de mí, acaso me calificarían de escritor anticuado, pero de buen hombre.

¡Ah! ¡Se había vuelto á hablar de él, de él, de quien ya no se hablaba nunca; había vuelto á ser una *actualidad* Eugenio Feraud, desde el *asunto*! Los periódicos noticieros, que la ignoraban poco antes, repetían su biografía, le culpaban de haber «abandonado las letras» por la «hacienda», y trocado su pluma de «creador» por la de secretario relator de la *Compañía de las Minas de Sierra-Fuente*. ¡Su pluma de creador! ¡Hacía mucho tiempo que no le daba para vivir, y él necesitaba

vivir!.... Ahora *todo París* estaba fijo en él; el viejo Feraud, sentado en el banquillo de los acusados, entre dos negociantes de mala fe que por casualidad le habían comprometido. Y Noris, como si aquellas miradas hubiesen traspasado las paredes, sentía sobre su misma frente la quemadura de las pupilas de Eugenio Feraud. Ella no había podido permanecer mucho tiempo en el Palacio. La parecía que la curiosidad picaresca, los cuchicheos ó los lentes de los abogados que se fijaban en ella, la insultaban. Hábíase vuelto á subir al segundo piso del *Hotel de Enrique IV*, y allí, abierta la ventana, ya nerviosa, mordiéndose sus guantes hasta quedarse con un pedazo entre los dientes, ya inmóvil, aguardaba la aparición de la silueta de la pobre criada, vieja y encorvada, que iba á dejarse ver sobre la escalera, allá abajo.

A pesar de que la tarde iba cayendo, Noris veía todo; sus ojos, de un negro profundo, abarcaban aquel gran edificio con el techo de teja, que tenía en el campanario el gallo dorado de la Santa Capilla subido en su delgada flecha. Distinguía sobre la blanca escalera siluetas sombrías, gentes de ley ó litigantes que subían ó bajaban; la pesada puerta se volvía á cerrar cada vez con un ruido sordo y estrepitoso. Lentamente, un guardia de París, con el fusil al hombro, pasaba y repasaba detrás de la reja, cubierto con su capote de paño gris. Entonces Noris le seguía con la vista, contaba sus pasos, se decía supersticiosamente que si en cinco minutos había pasado por delante de ella *tantas* veces, un número impar, Eugenio Feraud sería reconocido y declarado inocente. Se embrollaba en su cuenta, no aceptaba la sentencia, y empezaba otra vez. Las

altas figuras de piedra, la Ley y la Justicia, de pie, junto al Palacio, la inspiraban miedo con su imposibilidad de verdugos.

Volvía la cabeza como para olvidar el Palacio, y miraba á la plaza; abajo la droguería, el globo de cristal esmerilado que anunciaba el *Hotel*, y que la había atraído por la mañana; el paseo con sus castaños sin hojas y medio muertos, esqueletos de árboles con sus delgadas armaduras. Pasaban niños. Poca gente: las sombras se recortaban sobre el empedrado. Después la calentura la golpeaba en las muñecas; Noris volvía á su habitación, miraba sobre la pared el papel de flores deslucidas, toda esta miseria de casa amueblada, y más todavía ante ella, entre esas casas tristes de gente de la curia, oliendo á los enmohecidos legajos procesales, y se detenía violentamente y como magnetizada por aquella muestra, escrita en letras amarillas sobre fondo verde: *El Derecho, periódico de los Tribunales*.

Y la joven se estremecía de nuevo, y sentía que la ahogaban los sollozos como poco ha, ante los anuncios fijados en la pared; le parecía que leía húmedo aún, como mojado de lágrimas, el número del día siguiente de *El Derecho*, con el *Asunto de las minas de Sierra-Fuente*, audiencia del 20 de Febrero de 1877, y el interrogatorio de Eugenio Feraud, sus balbucientes respuestas de viejo tímido, sus terrores ante las preguntas de los astutos magistrados, que estrujaban una conciencia como los dedos estrujan una esponja, y en seguida del interrogatorio, terror todavía más grande, la condena del padre...., la sentencia! Ella leía esto y adivinaba los comentarios, las risas de los que al otro

día leyese también en las redacciones, en los cafés, en todas partes, este número, este atroz número de *El Derecho, periódico de los Tribunales*.

Noris había tenido en las horas de sueño pesadillas crueles, sofocantes, que se parecían á esta triste realidad. Pero aquellos eran sueños, visiones de enferma. ¡Y ahora!...

De repente lanzó un grito, y su primer movimiento fué el de precipitarse hacia la puerta para echar á correr. Allá abajo, sobre la escalera, entre la atmósfera de un gris obscuro, acababa de distinguir, encorvada y vacilante, una silueta de mujer que conocía muy bien.

¡Victorina! ¡Venía Victorina! Todo había concluido. La sentencia estaba dictada.

Y después de haber querido correr, Noris se aferraba al antepecho de la ventana, y fijaba su vista en la sombra, que se acercaba lentamente. La parecía que la vieja se apoyaba en el pasamano para no caerse. Noris buscaba á su padre detrás de Victorina. ¿Dónde estaba su padre?

La gente salía entonces. El Palacio se desocupaba de curiosos. Los caballos piafaban en la esquina de la calle de Harlay, y los coches llevaban á los espectadores como á la salida de un teatro. Él no estaba allí. ¿Por qué no estaba su padre allí?

¿Había sido acaso condenado?... Tal vez habría sido absuelto. Pero aun así, no había aún tiempo de que estuviese libre. Iba á venir. Y su hija, ¡cómo iba á saltar á su cuello! ¡Ah! ¡Y besarle en las mejillas con sus labios secos de fiebre, y abrazar el rostro de aquel hombre honrado! Y la vieja atravesaba ahora la plaza lentamente, agobiada con el peso de los años y el peso que llevaba

del secreto de la sentencia. «¡Más pronto, más pronto!», habría deseado gritar Noris de un lado á otro de la plaza. Pero Victorina no lo hubiera oído.

—¡Dentro de un minuto estará aquí!

El corazón de la joven le daba punzadas y la torturaba hasta hacerla caer. Tuvo fuerza, sin embargo, para abrir la puerta, y de pie, derecha, resuelta á todo, aguardó á que Victorina, cuyo torpe paso oía ya en la escalera, subiese y apareciese en el diutel. Pero cuando vió en la miserable habitación del hotel asomar á la vieja criada, y su cara, de ordinario curtida por el horno, ponerse ahora blanca como el yeso, Noris sintió un frío de muerte envolverla como una sábana helada.

No dijo más que dos palabras.

—¿Y bien?

Sabía de antemano lo que iba á responderle Victorina.

Todo un hundimiento de esperanzas y una suma de azoramientos volvían idiota de pena la cara de la pobre vieja.

¡Condenado!.... Victorina no había dicho una palabra, pero la señorita Feraud lo sabía todo.

Con voz enfermiza y débil preguntó:

—¿Á qué?

La vieja no se atrevía, y miraba á Noris como un perro fiel. Juntaba sus manos arrugadas: no lloraba, y movía su cabeza sobre los hombros encorvados.

—¿Á qué?—preguntó Noris, de la cual no veía la vieja más que los ojos en la cara pálida rodeada de negro.

La sirvienta dijo ahogándose:

—¡Cinco años

Instintivamente, con un movimiento feroz, la hija de Feraud se volvió hacia aquel Palacio que se ocultaba poco á poco en la bruma de la tarde, y le dirigió una mirada de cólera.

Allí dentro habían abofeteado todo el pasado de su padre. Allí estaba aún, sentenciado, aniquilado bajo esta sentencia, y Noris tenía deseos de gritar á los que acababan de juzgarle: «Imbéciles. ¡Imbéciles ó perversos! ¿No habéis adivinado lo que es él verdaderamente, lo que hay en el fondo del alma de este pobre hombre acusado?....»

No, ahora más que acusado. ¡Condenado, condenado á cinco años! Vamos, veamos: Victorina había entendido mal. ¡El máximo á él, Eugenio Feraud, que no sabía de todo aquel asunto de Sierra-Fuente más que lo que la misma Noris sospechaba cuando el viejo novelista le había hablado de él por vez primera!.... ¡El máximo á un inocente!

—¡Ah, señorita...., pobre señorita Noris!.... (balbuceaba la criada, retorciendo su pañuelo húmedo), si hubieseis oído lo que le ha dicho al señor el Procurador...., lo que le han insultado.... Todo.... Lo que no sé, es de dónde sacan lo que dicen.... Yo quería gritarles que mentían, que no conocían al señor...., que es la nata y flor de los hombres.... Pero no me he atrevido....; tampoco hubiera podido....; me ahogaba.... ¿Por qué no me han dicho que fuese á declarar? Yo les hubiese hecho saber lo que es el señor. ¿Por qué se entrometen en buscar pruebas contra personas como el señor?.... Los otros, sí, Vérignon, Paludet, sí, son dos canallas; ¡pero el señor!

Quando volvía, se iba hacia la ventana, insul-

tando con la mirada al Palacio de Justicia, mientras que Noris, de espaldas á la pared, absorta, repetía, en un ataque de fiebre:

—¡Cinco años!

Maquinalmente preguntó:

—¿Y los otros?

—¿Cuáles otros?

—Vérignon....

—¿Él?... ¡Cinco años! ¡Cinco años también Paludet! ¡Todos cinco años!

—¡Mi pobre padre (dijo Noris) afrentado como esos bribones, y castigado como ellos! ¡Ah! ¡Miserables, miserables!

Y en esta palabra que lanzó al aire había tanta rabia contra los jueces, que no habían adivinado, ni analizado, ni comprendido nada, como contra los negociantes tramposos que habían engañado á Eugenio Feraud, y le arrastraron con ellos en su innoble caída.

Asió bruscamente la mano de la criada, estupefacta de volver á hallar tanta energía en la «señorita».

—¡Ven; pobre Victorina! ¡No hay que desconsolarse! ¡Es preciso defenderse!

—Sí. ¡Oh, sí, señorita!

La vieja respondía sin saber lo que decía, animada solamente al ver que la *señorita* no perdía el valor.

—Un fallo como ese puede ser anulado.

—Yo espero, señorita...., espero....

Noris se había bajado el velo maquinalmente, y á través de él miraba aquel gran edificio donde su padre, agobiado de dolor, lloraba sin duda como un niño. Un sollozo que la desgarró el pecho subió

como una oleada de amargura á los labios de Noris, y tristemente en la caída de aquella tarde, en aquel anochecer, en que las luces se encendían ya aquí y allí como ojos, la joven envió un beso largo, prolongado, apasionado, al que estaba allá abajo, encerrado dentro de aquellos muros, ó al que un carruaje conducía ya atravesando á París hacia los barrios donde el cementerio linda con las prisiones en lo alto de la Roquette, en Mazas.

Una vez arrojado este beso en el vacío, se quitó Noris de la ventana, sintió un estremecimiento; pues divisaba aun, á pesar de la penumbra, los caracteres amarillos de la muestra: el *¡Derecho.... Tribunales!*

Partamos, partamos en seguida. Tenía prisa por abandonar la miserable habitación donde había venido á ocultar sus angustias como otras jóvenes, aunque ella no lo sospechaba, habían ocultado entre estas paredes sus aventuras de amor.

La parecía que en la casita en que iba á entrar dentro de un momento, el padre, el pobre y querido inocente, la aguardaba.

Dijo al cochero «calle Brochant, en la esquina del paseo Batignolles»; y mientras iba en el carruaje, imaginaba planes, buscaba una salvación entre el caos de sus ideas, y oía á la vieja Victorina murmurar en su rincón:

—¡Son ellos, son ellos los bribones; no es el señor!....

Y se preguntaba entonces la hija sin madre, aislada en aquel gran París, que mañana no haría más que arrojar pullas al nombre de Feraud, á quién se dirigiría para reclamar la revisión de este proceso, la reparación de esta injusticia, y pensaba

poco á poco en el sólo ser que después de su padre ocupaba su pensamiento.

—¿Tú sabes dónde vive M. de Chantenay, Victorina?

—¿El Príncipe? Sí, señorita. El señor me envió un día á llevar un volumen al hotel Chantenay, parque Monceau. ¿Es para que se ocupe del señor, para lo que la señorita piensa en M. de Chantenay?

—Sí (dijo Noris). Tú irás á llevarle una carta esta noche.